

CAPITULO XII

EL SUDÁN (1) Y LOS PUEBLOS SUDANESES.
CONSIDERACIONES GENERALES

«También los movimientos de pueblos del Africa central tienen su historia, y únicamente cuando entren á formar parte del conjunto de la historia de la humanidad, podrá considerarse á este cuadro como próximo á su completa terminación.»

BARTH.

El Sudán como orilla meridional del gran océano étnico del Norte de Africa, que rebasaron las olas de las expediciones de pueblos que se dirigieron al interior del continente africano. — Ejemplos de modernas emigraciones á esta región: los fulbes, los árabes. — Historia de los aulad-solimanes. — Todas las formaciones de Estados en el Sudán van precedidas de emigraciones. — Puntos de partida de éstas. — Intervención del islamismo y papel que representó en el Sudán.

Contemplando los países situados en el borde meridional del Sahara se ve una serie de comarcas altas y bajas que se suceden desde las costas atlánticas hasta el ecuador y que pasando del grado 20 se extienden hasta el Nilo: á ese conjunto se le da el nombre de Sudán que, sin ser una noción geográfica, abarca en aquella zona toda la variedad de los territorios africano-centrales. Las comarcas montañosas se agrupan al rededor del Kong, al Oeste del Níger, de la cordillera Sokoto, entre el Níger y el lago Tsad, del país montuoso de Darfur, entre el lago Tsad y el Nilo, y de la región montañosa de Abisinia, apareciendo unas de otras separadas por las depresiones del Níger, del lago Tsad y del Nilo. El Sahara se eleva formando aquellas alturas y descendiendo originando estas depresiones sin intermediación alguna, de modo que no existen allí límites orográficos. Si empezando por el Oeste atravesamos este cinturón, subiremos á la Guinea superior, entre el Senegal y el Níger, por dobles y aun triples bancales de los cuales el inferior tiene una elevación de 250 á 300 metros al paso que el del territorio alto alcanza una altura de 600 metros: sobre este último bancale y en la parte que los mandingos denominan Kong, es decir, cordillera, vense cimas de 1355 metros y en las fuentes del Senegal y del Gambia las hay hasta de más de 2.000 metros. Esta ancha zona descendiendo por el Sud y por el Este hacia el golfo de Guinea y el Níger formando una planicie cubierta de colinas. Sólo la Sierra Leona álzase abrupta junto al mar que en los demás puntos de casi toda esta región está separado de la tierra por costas bajas, pantanosas y difícilmente accesibles.

Al otro lado del valle del Nilo prosiguen las mismas hinchazones del terreno bajo la forma de una meseta en gran parte uniforme, que únicamente en el territorio de Sokoto se eleva en montaña á una altura de 2.000 metros, dirigiéndose hacia la depresión del Tsad, al Sud, y hacia la región montuosa del interior del Africa, en donde está limitado por el Benúe cuyo valle plano y profundamente entallado corre tan próximo á los afluentes occidentales del Xari que, según modernos datos, desaparece casi la divisoria de aguas y se hace muy posible la apertura de un canal directo que por el Benúe penetre en el corazón del Sudán.

(1) La palabra Sudán deriva del nombre árabe *assud*, negro, que se refiere al color obscuro de los habitantes. Difícil sería decir á qué territorios se aplicó en su origen: en la actualidad aplican los árabes del Sud del Sahara generalmente sólo á los países del Níger exclusivamente del Timbuktu, al paso que en Egipto se incluye en la noción del Sudán á la Nubia (Sudán egipcio!).

Desde la depresión en que está emplazado el lago Tsad á una altura de 270 metros (hacia el Nordeste 160), súbese por un terreno hinchado que suavemente se eleva á las cordilleras de Wadai y de Darfur, pudiéndose designar como cima más importante el Djebel Marra que tiene 1800 metros. Tan suave como el ascenso á esta divisoria entre el lago Tsad y el Nilo es el descenso del mismo hacia el Este que nos conduce á Kordofán pasando por una meseta ondulada y por uno de los territorios de sabanas más pronunciados de Africa en el cual (en el camino de Kartum á El Obeid, por ejemplo) hay colinas de 20 metros por todos respetadas como límites territoriales. Esta meseta de 300 ó 400 metros de altura continúa también al otro lado del valle del Nilo en las comarcas de Kassala y de Berber hasta cerca de las primeras alturas del país montañoso abisinio. Estas comarcas, como transición del árido desierto al interior de Africa tan abundante en lluvias, tienen una cantidad escasa de humedad: cierto que no falta allí la época de lluvias que á menudo se presenta en dos períodos casi seguidos, pero se encuentra al propio tiempo encerrada entre dos épocas de sequía muy persistentes y mucho más marcadas que comenzando en octubre ó en noviembre duran hasta mayo ó junio. La cantidad de lluvia es á veces importante, como en el territorio del Níger y en el del lago Tsad en donde los muchos lechos de ríos secos se encuentran de repente tan repletos de agua que el tráfico queda interrumpido y en donde las depresiones de los lagos y de los pantanos se llenan tan rápidamente que la vida de los habitantes de sus cercanías corre inminente peligro. Pero esta inundación desaparece muy pronto quedando en seguida secos los lagos apenas el Nordeste ha serenado el cielo. La geografía de estas regiones registra algunas equivocaciones debidas á los lagos efímeros. El lago Tuburi de Eduardo Vogel que, al decir de éste, era «un lago grande, magnífico, de 200 millas inglesas de longitud por lo menos» pertenece, como lo demostró ya Petermann en 1857, al número de estos lagos tropicales formados por las inundaciones y de los cuales durante la época de sequía apenas queda á menudo un pantano. Probablemente no tienen existencia real aquellas comunicaciones entre las cuencas del lago Tsad y las del Benúe á las que Barth atribuyó tanta importancia desde el punto de vista de la expansión comercial del Africa y de las que recientemente (1882) oyó todavía hablar Flegel en Adamaoua: lo más probable es que pertenezcan á la misma clase de fenómenos que el lago Tuburi y que los efímeros lagos de las estepas del Este del lago Tsad. Ya Denham indicó en su mapa de 1826 una comunicación entre «Kwora» y el Xari y Petermann opinó en 1857 que durante las inundaciones de la época de las lluvias sería posible llegar del Benúe al Serbenel y desde éste al lago Tsad.

Este extenso territorio sólo comprende tres corrientes grandes y constantes que imprimen un carácter especial á comarcas enteras, á saber: el Níger, el Benúe y el Xari. Los dos primeros se juntan en la parte baja de su curso y prosiguen unidos su camino hacia el golfo de Guinea: en cambio, en las porciones alta y media de sus corrientes pertenecen á territorios fundamentalmente distintos, pues mientras el Níger tiene su origen en el Oeste, el Benúe procede de las regiones genuinamente africano-centrales del Este y del Sud, en donde tan frecuentes son las lluvias: aquél se conquista en su larga carrera el nombre de «gran río» (*Djolibá* en mandingo y *Goubbi* en haussa) después de atravesar comarcas muy secas; éste tiene un curso más corto pero corre por territorios abundantes en aguas. Ambos ríos son navegables (el Níger desde Timbuktu y el Benúe desde

Wukari río abajo) pero no sin obstáculos é interrupciones debidas en parte al escaso número de afluentes procedentes del Norte y del Este: entre Rabba é Idda el Níger tiene la anchura de lago y su corriente tranquila está poblada de hermosas islas y animada por multitud de embarcaciones. Desde allí los afluentes que recibe son caudalosas arterias y los territorios que atraviesa pierden el carácter de estepas y de desiertos.

Este carácter de bifurcación que nace de la situación limítrofe entre el desierto y la región de las lluvias, manifiéstase también en los afluentes del lago Tsad: está situado éste en la región de las estepas del Sudán septentrional en donde dominan casi todo el año los aliseos del desierto sólo interrumpidos durante el verano (desde fines de junio á principios de octubre) por los vientos del Oeste y del Sudoeste generadores de lluvia, que pueden ser considerados como un monzón procedente del golfo de Guinea. Pero como el lago recibe afluentes del Oeste, del Sud y del Sudoeste, es decir, de regiones abundantes en lluvias y en las cuales caen éstas en épocas distintas, de aquí que el caudal de agua del mismo esté sujeto á la influencia de muy diversos factores. Su mayor afluente, el Xari, aporta su caudal máximo en septiembre y en octubre y el mínimo en la primavera, siendo la diferencia entre uno y otro tan grande que en el período de sequía puede este río ser vadeado casi en la misma desembocadura al paso que en la época de su crecida llega á rebasar sus orillas que en algunos puntos tienen una elevación de cinco metros. De los demás afluentes únicamente tiene importancia el Komadugu que, procedente de los estados haussas del Este, sólo presenta un caudal respetable durante un período muy corto, debiendo entonces ser atravesado en barca; en cambio Nachtigal pudo pasarlo á pie al principio de la época de las lluvias, pues entonces se hallaba convertido en una serie de pantanos. Al igual que él, todos los afluentes más pequeños del lago Tsad son en la estación seca simples riachuelos, de modo que según un cálculo de Nachtigal de la cantidad de agua, inclusa la de lluvia, que aquél recibe y que este autor estima en 100 kilómetros cúbicos anuales, corresponden al Xari tres quintas partes. Aceptando con Nachtigal que la evaporación consume 70 kilómetros cúbicos, quedan 30 que el lago Tsad consagra á la alimentación de los territorios de Kanem, Egei, Bodele y Borkú meridional por medio del valle del Bahr el Ghazal: esta última cifra no se considerará exagerada si se tiene en cuenta que aun en la actualidad este valle seco se convierte, en una extensión de 100 kilómetros, en un río ó mejor dicho en un brazo del lago. Este hecho es de importancia capital para una gran parte del Sudán central, pues la cultura de esta región siente profundamente la influencia de esta extensión de las aguas del lago, especialmente hácia el Este y el Oeste. En el Bahr el Ghazal realizase indudablemente un imperceptible desagüe del actual lago, desagüe que explica el hecho, al parecer enigmático, de la ausencia de sal en las aguas del Tsad. «Todo el que ha bebido el agua del Tsad — dice Nachtigal — sabe que es tan dulce como puede serlo la que más. Y sin embargo la sal abunda en los terrenos de aquella comarca. El agua de los pozos de Kanem es algunas veces salobre; la de Egei y de Bodele lo es casi siempre y los pequeños lagos que hay en el fondo de muchos valles de Kanem contienen, salvo raras excepciones, agua salada. Las orillas y las islas del lago Tsad son ricas en natrón que se recoge del suelo y da origen á un animado tráfico hacia el Oeste.» De esta suerte los hondos territorios á los cuales el Bahr el Ghazal lleva el sobrante de las aguas del Tsad, como por ejemplo Bo-

dele, Egei, etc., reciben no sólo el agua sobrante del lago sino también con ésta los elementos salobres que cada año se acumulan en cantidad mayor hasta hacer incultivable el terreno.

Situado en una cuenca llana que continúa, bien que seca, hacia el Nordeste por el Bahr el Ghazal y por las comarcas hondas de Bodele y de Egei, reúne el lago Tsad los desagües de los territorios de Bornú, Baghirmi, de una parte de Darfur y de los países situados al Sud del Wadai. Es difícil calcular en números redondos la capacidad del lago á causa del archipiélago emplazado casi por entero en el lado oriental y de los cañaverales que cubren la orilla occidental y dificultan la fijación de lo que es lago y de lo que es tierra firme. Además, aunque en el puntiagudo extremo septentrional se encuentran formaciones de dunas desde cuyas cimas divisase mayor extensión de lago que desde cualquier otro punto de la orilla occidental, en cambio en la orilla de Kanem «no se puede hablar de un verdadero lago sino de una laguna cuyas múltiples ramificaciones ora se secan por completo ora inundan los terrenos vecinos generalmente secos... Lo propio sucede, al parecer, con la mitad oriental de la orilla meridional, ó sea en el trozo comprendido entre la desembocadura del Xari y el desagüe del Bahr el Ghazal, de suerte que aquellos que viajan por el camino meridional de Kuka á Kanem se encaminan, después de haber atravesado el Xari, hacia el Norte y llegan al punto de su destino sin sospechar que han atravesado un lago, pues si bien tienen que pasar una porción de corrientes, casi todas éstas pueden ser vadeadas, en la estación propicia, por las acémilas y las caballerías» (Nachtigal). Dada esta inseguridad para la fijación de límites, fácilmente se comprenderá que la altura de las aguas y la extensión del lago se hallan sujetas á grandes variaciones. La desigualdad de caudal de agua de sus afluentes contribuye á que uno de los caracteres principales del lago Tsad sea una gran variabilidad en la altura del agua. Y como el lago adopta formas de una variedad incalculable, de aquí que los habitantes de sus alrededores emigren de un lugar á otro y se vean obligados á adaptar su modo de ser á estas modificaciones de nivel de agua del lago más á menudo de lo que convendría á la continuidad del desenvolvimiento de su cultura. Estando Vogel en Bornú fué invadida por las olas la ciudad de Gurno situada á algunas millas al Sudeste de Kuka; al mismo tiempo un número considerable de *buddumas* (habitantes de las islas del lago Tsad) llegaba á Kuka para pedir al jeque permiso para establecerse en tierra firme, pues una de las mayores islas del lago había sido inundada por las aguas de éste. En tiempo de Barth (1854) hundiéndose repentinamente en el agua una vasta y fértil llanura que se extendía al Sud de Kuka, «con lo cual el país experimentó las más admirables modificaciones.»

Estas comarcas irán presentando con el tiempo de un modo cada vez más claro el carácter de salinas, en las cuales se concentrará el sobrante del agua del Tsad. Sería interesante saber hasta qué punto influye en el cultivo de los dátiles la salobridad del suelo que de seguro favorece el desarrollo de los herbazales, haciendo de estos territorios puntos de reunión predilectos de los nómadas dueños de grandes rebaños. Una parte no pequeña del tráfico de los países sudaneses se debe también á la abundancia de sal acumulada en estas cuencas colectoras. En medio de la pobreza de artículos de comercio que caracteriza á esta región, el comercio de la sal representa un papel importantísimo. En el Sudán es proverbial decir de un hombre rico: «tiene sal suficiente para saciarse,» porque para el vulgo

la sal es una golosina, tan difícil es obtenerla y tan cara cuesta. De la sal dependen importantes agrupaciones de población y grandes vías mercantiles; ella proporciona el bienestar á extensos territorios y da á ciertos pueblos una importancia que sin ella no tendrían. Los lagos salados de Fittri y de Adana son grandes representantes de un número considerable de depósitos temporales que después del período de lluvias quedan reducidos á pantanos y á charcos y que no son otra cosa que capas superiores [debajo de las cuales corre un caudal de agua: de la mayor ó menor facilidad de llegar á ésta por medio de pozos (en Darfur, por ejemplo, basta ahondar menos de un metro para encontrarla) depende en su mayor parte la cultura de los territorios fronterizos septentrionales de las estepas del Sudán.

De todos los lagos de Africa, algunos de ellos más extensos y más caudalosos, ninguno como el Tsad ha despertado por tanto tiempo ni con tanta constancia el interés y la admiración: hacia él se encaminaron en las primeras décadas de nuestro siglo las más importantes expediciones organizadas para explorar el corazón del Africa y de él partieron más tarde poderosos impulsos hacia el Oeste, el Sud y el Este. Además, la historia de esos territorios demuestra que la situación central del lago le ha dado grandísima influencia en la antiguas y modernas emigraciones de pueblos de estas regiones. Examinado de cerca, este lago se nos presenta como cenagosa laguna extensa, sí, pero de superficie variable y de muy escasa profundidad, á la que Barth denomina con bastante propiedad «saco de río:» actualmente está fuera de toda duda que el lago Tsad no es más que el resto de un depósito de aguas en otro tiempo mucho más grande que se extendía por el Este. Pero aun cuando el Tsad no es un Nyanza, ni un mar en el sentido que el Ukerewe ó siquiera que el Tanganika, no por eso este término medio entre pantano y lago puesto en el centro de la estepa deja de ser un pedazo de suelo histórico que no podemos pisar sin el convencimiento de su excepcional importancia.

Escaso es relativamente el aprovechamiento, para los fines del tráfico, de las corrientes sudanesas que á pesar de sus desigualdades contienen siempre un caudal de agua considerable. Aun en los pueblos que en otros conceptos han progresado, la navegación se halla casi en su infancia, es decir, á poca mayor altura que en otros pueblos negros. Además á todas esas venas de agua cabe aplicar lo que dice Barth hablando del territorio del Xari: «En un país tan fraccionado como este, en donde cada pequeña municipalidad forma, como en el antiguo Lacio y en la antigua Hélade, un estado autónomo separado de los vecinos por límites infranqueables, es natural que no exista el tráfico fluvial... En tales condiciones, forzosamente ha de permanecer inculco el incommensurable campo que á la actividad humana se abre en estos fértiles territorios del Africa central atravesados por ríos navegables.»

El clima del Sudán, transición entre el del desierto y el genuinamente ecuatorial, es variable sin ofrecer brusco contraste con el uno ni con el otro. En tesis general se puede decir que, como en el Norte los períodos de lluvias regulares, la limitación de estos mismos períodos constituye en el Sud el límite entre esos dos climas vecinos. Si se quiere definir este clima en pocas palabras, lo más aproximado será calificarlo de clima de las estepas. Ya hemos dicho cuánto varían en las distintas partes del Sudán la época en que empiezan las lluvias y la duración de éstas. Sin embargo, hay siempre lluvias de verano. El período de lluvias dura en Bornú unos cuatro meses, desde junio hasta mediados ó fines de septiembre, siendo entonces la tem-

peratura media de 23° al salir el sol y de 34° á las tres de la tarde y bastante considerable la humedad relativa. Según parece, no se han observado nunca temperaturas mayores de 40°. Los bornuanos dan á esta estación el nombre de *Ningeri* y durante ella se cultivan los campos y se recogen las principales cosechas, tales como la del *argum*, del arroz, de las habas, etc. En esta época Bornú es, como todo el interior del Africa, un parque de exuberante vegetación y prodigiosa riqueza de plantas, flores y animales terrestres. «Si durante esta estación—dice Rohlf—pudiera contemplarse Bornú á vista de pájaro, parecería este territorio un grandioso mar formando con el lago Tsad un solo todo, siempre y cuando no hubiera en él bosque alguno; pero en realidad no puede verse ese mar porque todo el país es una verdadera selva. El suelo es casi completamente horizontal sin la menor piedrecita que corte su monotonía; de aquí la ausencia de lechos de río y de torrentes y de aquí las inundaciones periódicas. Los kanuris llaman *Bigela* al corto período de la cosecha, que se recoge á fines de septiembre y á principios de octubre, tiempo en el cual se secan los terrenos inundados perdiendo las galas de su fresca verdura. En este tiempo, sin embargo, siembran aquéllos *massakúa* y trigo que alcanzan su sazón en la estación fría: ésta dura desde octubre á marzo, pero aun en diciembre raras veces marca el termómetro antes de salir el sol 16°. La naturaleza que ya en noviembre y en diciembre empieza á perecer, permanece luego como muerta; todos los insectos desaparecen, cesan los mosquitos y las moscas de molestar á los viajeros y las mismas pulgas que durante la estación lluviosa hacen intolerable la permanencia en los alrededores de Kuka á todos los que no tienen la piel endurecida, se extinguen como por ensalmo. Esa estación calurosa que los kanuris llaman *Be*, aunque intolerable para los europeos, es la más sana, siendo durante ella sumamente raras las enfermedades ó defunciones de los extranjeros. Las estaciones más malsanas son el otoño y el período de las lluvias: los indígenas son muy sensibles al frío y se quejan de su intensidad cuando el termómetro marca menos de 25°. Un detalle notable: el principal saludo de los kanuris consiste en preguntar por la piel, de modo que entre ellos el *Uda tege* (¿cómo está tu piel?) es cosa tan corriente como entre nosotros el (¿cómo estás?)»

Siendo como es el desarrollo de la hierba el rasgo fundamental común de la vegetación del interior del Africa, aun en las selvas vírgenes de las hondonadas tropicales, es muy natural que adquiera mayor preponderancia en el Sudán, en donde el desierto empieza á adornarse con la vegetación más rica del Africa ecuatorial. El Sudán, en efecto, es el país de las sabanas, la zona de praderas, y nos presenta todos los grados de la extensa escala, es decir, desde los mezquinos tallares que vemos en la comarca sahárica de transición hasta las altas hierbas de Senegambia superiores á la estatura humana y las de Sennar que casi cubren á las jirafas. En Nubia se encuentra la hierba de Adar, de 5 á 6 metros de altura, la mayor entre todas las hierbas no leñosas, y allí también las hierbas pequeñas son tan espesas que parecen «un campo de trigo incommensurable y espesamente sembrado.» Estas praderas no están desprovistas de árboles como no lo está el desierto: la mayor exuberancia de algunos árboles y arbustos del desierto prepara la transición de éste á aquéllas. La vegetación cada vez mayor de los arbustos *sivak*, sobre todo, comunica á los oasis un carácter más fresco y exuberante, pero aun fuera de los oasis prospera en el terreno arenoso y pedregoso una vegetación cada vez más compacta de hierbas y plantas pertenecientes al desierto. El número de estos vegetales se en-

riquece con las gramíneas del Sud, hierbas aromáticas y espinosas, y con arbustos y árboles de variadas especies, entre los cuales figuran, bien que más altos y más gruesos que en el desierto, el *tundub* (*Capparis*), el *nabaq* (*Zizyphus*, azufaifo) y el rígido *reteum* (*Leptadenia*): entre las especies nuevas abundan tanto las acacias que puede decirse que de estos árboles hay verdaderos bosques. «El que ha vivido en comarcas más meridionales—dice Nachtigal—echa aquí todavía de menos la riqueza tropical: los mismos países septentrionales pierden el carácter de exuberancia durante el período de sequía tres veces más largo que el de lluvias y el territorio se presenta á sus ojos como estepa, aunque abundante en árboles, quemada.» Únicamente en los valles y en las depresiones húmedas mantiénesse durante todo el año la frescura.

Pero esta impresión no es la predominante entre los que después de haber atravesado el desierto llegan al Sudán; pues allí precisamente la grandiosidad de los contrastes, la fuerza imponente con que algunos productos de la naturaleza viva muestran la plenitud de su ser se les aparecen como el gran atractivo de Africa, que, aunque no lo expresen, lo sienten tanto como los europeos los hijos del desierto. Estos, al emigrar al Sudán, se han sentido atraídos por los cantos de la naturaleza como atraídos se sintieron los bárbaros cuando invadieron la Italia.

El hijo de la naturaleza no permanece indiferente á estos contrastes, siquiera por la riqueza que esa vegetación les promete. Por muy á menudo que lo hayamos visto descrito desde Denham á Nachtigal, es siempre poderoso el sentimiento de sorpresa, grata para todos los sentidos, que experimenta el viajero cuando penetra en el Sudán procedente del desierto árido y pobre pero en su misma pobreza grandioso. Y ese sentimiento es tanto más intenso allí donde, como en la parte oriental del desierto, el contraste se halla aumentado por la interpolación de una zona de dunas, cordillera en miniatura, de más de 100 kilómetros de ancho: el atravesar estas diminutas colinas de arena constituye una de las partes más difíciles de la travesía del desierto. Al otro lado de esta región pobre y yerma empieza el Sudán: el borde de éste es un territorio de estepas, el Tintumma, en el que algunos árboles sueltos, ya el *tundub* (*Capparis sodada*) parecido al sauce llorón, ya algunas familias de acacias, preparan el tipo de vegetación de una gran parte del Sudán propio, en el fondo, de toda el Africa interior. Los que vienen del Norte contemplan en esta estepa por vez primera, desde que abandonaron las costas del Mediterráneo, una riqueza de formas de la vida animal y vegetal que de milla en milla se presenta en progresión constante. A unos 100 kilómetros del sitio en donde empieza esa vasta estepa de hierbas y arbustos aparecen selvas casi continuas cuyos árboles «ofuscan á las modestas formas de desarrollo de los árboles del desierto, desapareciendo el *hedjlidj*, el raquítrico *marj* y el *tundub* que son reemplazados por el hermoso verde de los frondosos sotos de *sivakes*.» Ya aquí se cubren los árboles de trepadoras plantas parásitas y se encuentran por vez primera huellas del león y de la jirafa que necesitan sombra y agua para vivir. En los taludes de las ondulaciones de terreno padece el gracioso antílope cuya blancura se destaca sobre el fondo verde que lo rodea. El lago Tsad suele ser un desencanto para los viajeros que no encuentran la grandiosidad que esperaban gracias á los intrincados juncales que penetran hasta muy adentro de la laguna y á las fajas de tierra que á lo lejos vuelven á cruzar la superficie del agua; pero este desencanto está sobradamente compensado con la fertilidad y con la plenitud de vida que se admira en sus ribe-

ras. «La gran superficie cubierta de prados—escribe Nachtigal el primer día que llegó allí—que rodeaba la aldea estaba poblada de bueyes, asnos, ovejas y cabras: los habitantes iban afanosos de un lugar á otro; innumerables aves acuáticas, cigüeñas exóticas, airones, pelicanos y gansos de color oscuro buscaban su sustento sin curarse de los hombres ni de los animales y muy cerca del lugar un elefante pacífico, de pie al borde del agua, saciaba su sed y mojaba su cuerpo gigantesco.» Aquella misma tarde vió Nachtigal los pesados juegos de 20 ó 30 hipopótamos que tumultuosamente corrían por las praderas de la orilla. Mostrábase, pues, á su alrededor la naturaleza espléndida de un grandioso y antiguo continente.

Esta naturaleza tan rica aporta, por lo que toca á plantas y animales útiles, pocos elementos al tesoro de la cultura de la humanidad; esto no obstante, el país no es tan pobre en plantas útiles como sostienen á una los autores. Denham, sorprendido ante la falta de éstas en Bornú, manifestó que quizás no había otra comarca con menos frutas y legumbres. Eduardo Vogel dice: «Es altamente desagradable la carencia de frutas y legumbres; de estas últimas sólo se encuentran tomates y cebollas y de las primeras únicamente sandías y melones: los demás frutos no son comestibles, pues las bayas que comen estos indígenas no las daríamos nosotros ni al ganado. La carne, que constituye aquí el único alimento, es muy abundante y sabrosa y por dos agujas de coser, que valen 3 pfenigs, se compra una gallina, por un thaler en especies dos ovejas y por dos thalers un corpulento buey.» Esta pobreza originaría en plantas útiles no es, empero, la causa de que en Bornú esté la agricultura á tan bajo nivel; tampoco lo es la esterilidad del suelo, del cual dice el propio viajero: «El suelo es á propósito para toda clase de cultivo y sólo se necesitaría que la gente fuese laboriosa para cultivarlo. El índigo, el algodón y los melones crecen en estado silvestre, y á poco que quisieran podrían estos indígenas cosechar arroz y trigo: el arroz es sumamente bueno pero escasea tanto que sólo el sultán lo regala como exquisito presente.» Estos bornuanos podrían ser buenos agricultores, pero les es más cómodo y provechoso merodear por los territorios contiguos, coger en ellos buen número de esclavos, en su mayoría niños de 9 á 12 años, y venderlos luego á los tиббís y á los comerciantes árabes á cambio de telas de algodón, albornoces, sal y un poco de azúcar.

Aun allí donde la agricultura se encuentra á más alto nivel que en estos países en los cuales predomina todavía el nomadismo, las plantas indígenas son muy poco aprovechadas. Las varias especies de mijo y la almendra de tierra son los productos, al parecer, predominantes. La almendra de tierra que, según E. Barth, formaba una parte importante de la alimentación de aquellos habitantes, es el primer alimento que se ofrece á un extranjero; un rato después se le presenta en una calabaza de más de medio metro de diámetro una mermelada de estas nueces, sencillo manjar que mejora mucho cuando se cuece con leche en vez de agua y se hace más sabroso cuando se le añaden miel y otros ingredientes. En este país sólo se cultiva la almendra de tierra dulce que los indígenas denominan *biridji*; la almendra de tierra amarga, que los bornuanos denominan *gangala*, es desconocida en estos territorios del Oeste. Aquella, junto con el mijo y con las clases comunes de sorgo y con el sésamo cuyas semillas se comen también como mermelada, es la alimentación principal del pueblo de estas comarcas. En cuanto á plantas indígenas sólo encontramos el llamado arroz silvestre, probablemente arroz inculco, y un fruto que aquí se denomina *habbel-asis* y en